

Reacción a “La gestión del texto: Edición tradicional y nuevos soportes”, de Federico  
Ibáñez Soler

Debo admitir que, al empezar a leer el ensayo del señor Soler, no pude evitar sentir un poquito de tedio, ya que los datos que presentaba acerca de los millones de libros publicados anualmente por las distintas casas editoriales rondaban un poco en lo obvio -a mi humilde entender-. También me pareció, aunque tremendamente escrito y con un uso de cronología increíble, que el ensayo cargaba un tono de “*Y2K-el 2000 es el fin del mundo-sálvanos Señor*” pero en lugar de que se acabara el mundo, Soler planteaba el horroroso escenario pronosticado del fin del *libro*. Ibáñez Soler expone como gracias a la llegada de los medios, tales como la radio, la televisión y el cine, el libro había dejado de abarcar el monopolio informativo que una vez tuvo en la era de Gutenberg. Para los editores y las casas editoriales, dicha situación parece haber empeorado con la llegada del internet, el cual, mediante a las distintas plataformas que presenta, podría -temían los señores editores y las casas editoriales- llegar a reemplazar al libro. Enfatiza Soler la llegada e-book, pero olvida, lo más probable a causa de la época de publicación de su ensayo, nombrar a los ahora muy en boga “audiobooks”, libros enteros redactados con una de esas vocécitas bien dulces y plácidas a través del internet. Además de lo previamente mencionado, me estuvo bastante curioso y apelativo a la nostalgia la descripción segmentada en tres partes que ofrecía del internet. Al leer aquellas tres líneas sentía como me transportaba al Windows 95, cuando el internet se obtenía mediante la línea telefónica, las impresoras eran más lentas que un lunes, y los libros todavía podían respirar en paz (esto es época

pre-Kindle, nótese.) Es importante aclarar también la existencia de los editores, los cuales, y gracias a los cambios tecnológicos de nuestro *Brave New World*, se han convertido el defensor y abogado del autor ante este nuevo y valiente mundo nuevo y su tan fluctuante economía. El editor ha pasado de ser un simple corrector de manuscritos a trabajar hasta con la imagen y promoción, no solo de la obra en sí, pero del autor.

Finalmente, concuerdo con lo que asumo concluyó Ibáñez Soler: los medios tecnológicos -ejem, Internet- no vinieron a hacerle guerra al libro impreso, ni a eliminarlo por completo. Hay que verlos como un tipo de herramientas convergentes que, en lugar de reemplazar al libro impreso, ayudarían a alcanzar un reconocimiento global y casi inmediato. Además, los distintos medios aportan incluso a la creación de nuevos géneros literarios, tales como los blogs y los tuits. Seamos sinceros, el libro impreso jamás desaparecerá; no hay placer más grande que sostener aquel artefacto en nuestras manos y saborear con todos los sentidos lo que sus palabras impresas sobre páginas que muchos solemos olfatear pueden ofrecernos.